

OFENSIVA Y DEFENSIVA

Eduardo ALVAYAY Fuentes
Capitán de Navío

INTRODUCCION

 Quizás, uno de los principales y más serios problemas que deben enfrentar los gobiernos es cómo vivir sin guerra, especialmente cuando sus vecinos son ambiciosos y ansiosos de poder. Para ello, requerirán no sólo planificar para el eventual caso de una guerra, sino también la forma cómo deberán actuar en la paz para evitarla.

Será indispensable diseñar una fuerza de magnitud y potencialidad tal, que permita apoyar los intereses y objetivos nacionales y las políticas internas y externas, que para el caso considerado sería *preservar la integridad física y proteger la independencia política de la nación*.

La fuerza que se requiere para este propósito debe tener capacidad para disuadir la agresión, evitar limitaciones en la libertad de acción y ejercer influencia en apoyo del logro de los objetivos nacionales.

Las complejidades que existen en la consideración de los factores generales de fuerza exigen un proceso de planificación ordenado, lógico y minucioso, comprendiendo un análisis profundo de las capacidades y limitaciones del país y del posible contrincante, a fin de poder adoptar la estrategia adecuada que permita alcanzar los objetivos fijados por la política, utilizando lo mejor posible los medios disponibles, que por tratarse de materias de seguridad nacional siempre serán escasos.

Considerando el increíble costo y tamaño del aparato militar que hoy día se necesita, y la velocidad de progreso de éste, se requiere, además, de un examen crítico de los medios para su constante modernización de acuerdo al ritmo de los adelantos, y de una constante revisión con el resto de los frentes de acción, puesto que el problema de defensa nacional es tanto político como militar.

Ahora bien, dentro del contexto de este problema existen algunos puntos que conviene destacar y que se analizarán a continuación.

¿OFENSIVA O DEFENSIVA?

El primero de ellos es que se debe tomar la decisión sobre si, en caso de un conflicto con un determinado país, se conducirá la guerra en forma ofensiva o defensiva; esta decisión es básica, pues en el fondo consiste en decidir si se desea llegar a una conflagración, iniciando el conflicto, o bien evitarla a toda costa.

Junto con ello se deberá decidir si, en el caso de haberse producido las hostilidades, quienquiera las haya iniciado, el conflicto se va a conducir en forma ofensiva, defensiva o una mezcla de ambas, ya que el país defensor podrá, por ejemplo, conducirlo a la defensiva en alguna área determinada y actuar parcialmente a la ofensiva en otra, si cuenta con los medios o facilidades para así hacerlo. Esto es recíproco para ambos contendientes y depende de una serie de variables, como son las limitaciones geográficas, políticas, militares u otras.

El problema básico para considerar el actuar a la defensiva radica en que psicológicamente se tiende a proceder en esta forma y ello deja al agresor la iniciativa de comenzar la guerra. El defensor actúa condicionado ante una determinada situación impuesta y le será más difícil tomar la iniciativa que prive al enemigo de su libertad de acción; dicha situación impone al defensor un retraso de tiempo que puede llegar a ser decisivo en el futuro. Es por ello que nunca debe desecharse la posibilidad de actuar primero y privar así al adversario de su libertad de acción, por medio de la sorpresa y la iniciativa, hasta haber logrado la decisión.

Si la decisión es actuar a la defensiva, habrá que tener muy en cuenta la limitación o pérdida de tiempo que existe en conocer las intenciones del agresor (que tratará de proteger su libertad de acción, tomando toda suerte de medidas de seguridad), para así poder reaccionar antes que se inicie la guerra, y evitarla si así se desea. Esto es especialmente válido en los períodos de tensión (a veces muy prolongados), en los que hay que tener muy presente los indicativos de peligro de guerra que permitan tomar medidas oportunas (la mayoría de las veces contra el tiempo), para poder reaccionar convenientemente no sólo en el campo militar, sino especialmente en el ámbito político, ya que lo ideal es actuar antes, aun cuando no haya certeza de que los preparativos del agresor nos llevarán a la guerra. Lo último tiene singular vigencia cuando se trata de un rival que históricamente ha demostrado intenciones de agredir, tanto por su política como por su organización, doctrina, tamaño, etc. Esto es algo difícil de comprender, preferentemente por el escalón político; y ésa es la razón por la que la historia está nutrida de Pearl Harbours para demostrarlo. Todo esto fue muy bien aplicado por Israel en las guerras del Sinaí en 1956 y en la de los seis días en 1966, en las que los países árabes habían tomado la iniciativa política; pero Israel, cumpliendo una cuidadosa y detallada planificación, inició preventivamente las operaciones, tomando la iniciativa estratégica.

En cambio, en la guerra del Yom Kippur, en 1973, la iniciativa política y estratégica fue de los árabes al comienzo de las hostilidades, quedando los israelíes a la defensiva. La sorpresa

conseguida inicialmente por los árabes no tuvo el éxito esperado, debido a la capacidad israelí de movilizar sus reservas con rapidez y a su contención de la ofensiva árabe en los pasos de Tasa, Giddi y Mittla, *el tiempo suficiente* como para permitirles reaccionar.

Al hablar de defensiva en el campo táctico, normalmente los militares mencionan una fórmula empírica general de una relación de 3 a 1 entre ofensiva y defensiva. Esta fórmula es, tal vez, aplicable sólo para operaciones determinadas y por un lapso dado; pero no puede ser aplicada al hacer consideraciones estratégicas, por cuanto es imposible hacer reglas de este tipo por las características, tan variables, de lo político-militar, a diferencia de las circunstancias en que se debe efectuar la lucha en el campo táctico, así como por la eficacia de la técnica ofensiva contra táctica defensiva adversaria, etc. Es por ello que se deben considerar todos los factores que entran en cada caso particular, por ejemplo: moral, iniciativa, concentración y otros, para poder tomar una buena decisión. (Alemania dio ejemplo de la poca seguridad que existe en aplicar este tipo de fórmulas, al lanzar su ataque relámpago sobre Francia en la Segunda Guerra Mundial, en la que la relación de fuerzas era de 1 a 1 y aún inferior en algunos casos; lo mismo puede decirse de su ofensiva en el sur de Rusia, en la que la desproporción de fuerzas era muy favorable a los rusos, que actuaban de defensores).

EL FACTOR TIEMPO

Luego de estas breves consideraciones trataremos de analizar el problema tiempo, ya mencionado al recor-

dar la guerra de Yom Kippur, que se ve aún mas claramente al recordar, como ejemplo, la campaña de Napoleón en Rusia o la de los alemanes sobre Moscú, en la Segunda Guerra Mundial.

El problema tiempo es de vital importancia para ambos contendientes. El agresor que pierde tiempo peligra, pues si el defensor tiene espacio puede cederlo por tiempo. En cambio, el defensor que no tiene posibilidad de ceder espacio no puede perder tiempo, y se ve en la obligación de resistir tenazmente para mantener su espacio y con ello prolongar la lucha, circunstancia que en ningún caso será de conveniencia para el agresor.

En realidad, lo que pasa es que a pesar de que a ambos contendientes siempre les convendrá hacer la guerra lo más corta posible, ninguno puede estar seguro de lograrlo. Primero, por que puede que el defensor tenga éxito y el atacante no le pueda imponer su voluntad y segundo, porque el defensor tiene pocas probabilidades de controlar la guerra en el tiempo si no es él quien la está imponiendo, y seguramente estará actuando a la defensiva con el máximo de su potencial; luego, será difícil para él imponer una decisión favorable en el momento más propicio.

Si el defensor tiene éxito en su defensa, la guerra tiende a alargarse. El agresor tratará de terminar rápidamente la guerra, pero debe estar preparado para el caso de que ésta se alargue.

El defensor seguramente deseará que la guerra dure el mínimo, por las consecuencias que ella trae, pero si no

considera o no planifica para una guerra larga estará corriendo un riesgo enorme, ya que debe encontrarse en favorables condiciones anímicas, económicas, de alistamiento, etc., para poder prolongar el conflicto en caso de tener éxito en su defensa; sólo así podrá explotar los éxitos subsecuentes que haya logrado, salvo que el agresor, por otros motivos, renuncie por su propia voluntad a seguir en una escalada o se avenga a entrar en negociaciones, situaciones ambas totalmente imprevisibles.

Normalmente, debe considerarse que cualquiera de los contendientes que tenga fuerzas en condiciones de operar, y la energía para usarlas, estará en condiciones de imponer su voluntad al adversario. Un ejemplo de ello lo tenemos cercano: la Guerra del Pacífico (1879), en la que, después de haberse considerado terminada la guerra, se vivió dos años en una guerra de guerrillas, sin que se lograra consolidar la paz.

Hoy en día existe una falsa idea de que sólo habrá guerras cortas, pero un corto análisis de las guerras de posguerra nos demuestra lo contrario.

El factor tiempo es tan importante, que tanto el agresor como el defensor deben tenerlo presente; especialmente este último, que por no tener normalmente el control sobre este factor debe estar preparado política, económica y anímicamente para soportar una guerra prolongada.

EL TIEMPO PRECONFLICTO

Otro factor a considerar es el aviso de tiempo que se tiene en el período preconflicto, esto es, el tiempo que

transcurre entre el reconocimiento de los primeros signos de agresión y el momento en que ésta se produce.

Este tiempo, si no se reconoce, deja de tener valor práctico, siendo de vital importancia para aquel que actúa a la defensiva; y aquí volvemos al ejemplo de Pearl Harbour, donde el agresor supo ocultar sus intenciones, logrando un extraordinario éxito debido a que los norteamericanos no supieron reconocer el tiempo de aviso que tuvieron, el que les habría permitido algún tipo de reacción.

Los japoneses, mediante la sorpresa y tomando la iniciativa, lograron coartar la libertad de acción de su oponente y esto, tal como lo dice el General Beaufre: "es la esencia misma de la estrategia".

El problema más grave se presenta cuando el defensor logra obtener este aviso, porque significa que ya el enemigo ha comenzado sus preparativos y de ahí a evaluar la información, reconocerla por las autoridades y diseminarla, transcurre otro tiempo que para el defensor es valiosísimo, porque juega en contra de sus preparativos.

El agresor normalmente comienza a formar las bases para una agresión siguiendo varios modelos, que en general se inician con una presión indirecta, buscando sus objetivos mediante acciones insidiosas de carácter político, diplomático o económico, a la vez que tomando medidas psicológicas y económicas en su propio país, antes de comenzar el despliegue operativo o llegar a una amenaza directa. También podrá tratar de desgastar psicológicamente a su adversario o usar una combinación de este tipo de acciones.

En todo caso, todas ellas son indicativas de la amenaza, lo que hace que hoy día sea difícil una real sorpresa en el campo estratégico, a no ser que la evaluación haya sido muy mala. Sí, podrá haber sorpresa en cuanto a dónde y cuándo se materializará el ataque, y por eso quien actúe a la defensiva estará en desventaja y debe estar preparado para este tipo de sorpresa, a fin de poder impedir que el adversario conserve la iniciativa.

Este aviso de tiempo es muy importante, entonces, para que el defensor trate de resolver su problema política y militarmente. En virtud de que normalmente existirá un retraso en tomar medidas (el tiempo está jugando en su contra) será importante que éste tenga sus fuerzas, en cuanto a ubicación y organización, en forma tal que pueda reaccionar en el mínimo de tiempo y evitar que el hecho consumado se produzca rápidamente. Al mismo tiempo, deberá poseer fuerzas de intervención rápidas, con gran movilidad (lo que no siempre es posible por limitaciones físicas, económicas u otras).

Esto requiere tener fuerzas presentes en los teatros, tanto como ello sea posible, y suponiendo que tiene el aviso de tiempo suficiente debe tener preparadas las medidas políticas, económicas y militares para los casos de emergencia. Entre ellas estará el cuándo ordenar la movilización y el despliegue (fechas, ambas, que no deben coincidir).

La movilización, en el fondo, es una medida que contribuye a la *disuasión* previa al conflicto.

Estas medidas no son otra cosa que una forma de disuadir al enemigo de actuar, pues si el defensor no procede con decisión y firmeza, el agresor podrá continuar en su escalada para operar impunemente, que es la mejor forma de fomentar el conflicto y lo que justamente el defensor quiere evitar.

De las medidas que se puedan tomar, en lo político, durante este período y de las decisiones que se tomen en los diversos campos de acción, puede estar toda la diferencia entre el éxito o el fracaso en una guerra (se puede perder la guerra antes de empezarla), especialmente si se ha tomado la decisión de actuar a la defensiva.

CONSIDERACIONES FINALES

Haciendo un resumen de los puntos considerados, hemos visto la importancia de un análisis para tomar una decisión política sobre si adoptar una actitud ofensiva o defensiva, como igualmente la importancia que entre estos factores tienen el tiempo y la aptitud para actuar con iniciativa y mantenerla o arrancarla al adversario, hasta lograr la decisión en una lucha por la libertad de acción. También vimos la importancia de tener un aviso de tiempo previo al conflicto, con el fin de tomar medidas oportunas en todos los campos de acción.

Todos estos puntos destacan claramente los enormes riesgos que se corren al actuar a la defensiva, pues se deja en manos del enemigo la iniciativa.

Una política de carácter puramente defensivo tiene un escaso valor

de disuasión, porque su clave es el tener capacidad para amenazar, y ésta se basa principalmente en lo material, en especial en la potencialidad que quedará después del primer ataque. Además, existe un factor muy importante e imponderable, cual es el psicológico, que depende del prestigio resultante de la potencia y eficacia del presente y aquéllas que se estime podrá alcanzar en el futuro. Este es el plano que explota una política ofensiva, que concibe un sistema de ataque en función de las debilidades o necesidades de aquellos que trata de convencer y no de las propias. Para ello, la ofensiva podrá escoger las regiones geográficas que quiera defender, amenazar o atacar, y cuándo hacerlo.

En lo material, la defensa, para llevarla en forma adecuada, es muy costosa por la cantidad y diversidad de elementos que requiere, por cuanto se debe desarrollar y adoptar nuevos conceptos de armas en función de la amenaza. Por ejemplo, en el campo táctico, la cantidad de equipos que se necesita para lanzar un misil es mínima si se considera todo el aparato que se requiere para neutralizarlo; un solo submarino con torpedos modernos puede representar una amenaza contra una fuerza de superficie, que requiere enormes cantidades de buques, aviones y

equipo para contrarrestarlo; el hundimiento de un solo petrolero mercante, hoy en día constituiría todo un record para el mejor comandante de submarinos de la Segunda Guerra Mundial.

Cuando se tiene una amenaza constante, la calidad y cantidad del armamento no puede sacrificarse en aras del ahorro.

Habrà, entonces, que buscar una estrategia que sea consecuente con las necesidades de la nación, sus medios y las amenazas, y crear un poder disuasivo tal que permita asegurar que se podrá privar al enemigo de su libertad de acción y mantenerlo así hasta el final; en otras palabras, como dice el General Beaufre: "El problema no es parar los golpes, sino impedir que el enemigo conserve la iniciativa y arrebatársela hasta lograr la decisión".

Sólo de este modo se podrá vencer al enemigo en potencia que cualquier intento de agresión le saldrá muy caro, que el país está preparado para una larga y dura resistencia, que una guerra no le va a salir rentable y que, tal vez, tenga que pagarla a un precio demasiado caro.

Debemos aprender a vivir en paz y preparándonos para la guerra.

